

Daniel Ruiz

MALEZA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

DANIEL RUIZ
MALEZA

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: febrero de 2018

© Daniel Ruiz García, 2018

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-499-5
Depósito legal: B. 782-2018
Fotocomposición: Moelmo
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S.A.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Perrera	9
Carnaza	165
Maleza	215

Llegó todo alterado Chamaquito, la lengua hecha una estraza, contando que junto al canalón le habían reventado a *Bruto*. Pegaba cabezazos y lloriqueaba, los demás tenían que verlo, estaba junto al pilón, desventrado como una vaca de carnicería, los ojillos aún húmedos como dos coquinas muertas. Cucho acababa de dar lumbre a un dos papeles, bellotón de apaleado, así que ninguno estaba para mucho movimiento. Todos dijeron vale pero también dijeron pásalo, se te queman las uñas, y ahí Chamaquito empezó a berrear y a mentar a los muertos. Me cago en vuestras madres, hijos de la reputa. Pobre Chamaco, en la plazoleta se le quiere pero el cariño no da para tanto, cualquiera le quita al Panceta el pito de sus dedos mantecosos. Panceta, gordo de mierda, el niño no se contuvo y empezó a soltar la lengua, la diana de su ira era el Panceta, que entretanto no hacía sino sonreír, exhibiendo las encías negruzcas mientras dejaba escapar el humo entre sus labios con demora, como si a la bocanada le diera vergüenza salir de su cuerpo. Chamaquito se sentó en el suelo, junto a la banca, y con los ojos hincados en las colillas empezó a bisbisar solo, mi *Brutín*, *Brutito* mío. El Panceta le pasó el petardo a Lucio, sonriendo y con dos nubarrones instalados en sus pupilas. Pero ya Lucio andaba incómodo, fíjate

en Chamaquito, está cabeceando sobre las rodillas, parece que tiritita. Si tiritita no es por frío, que con diez años ya ha tenido tiempo de acostumbrarse a la falta de abrigo. Tiritita porque quisiera arrancarle a alguien el corazón a bocados, está ansioso por masticarlo y después arrojarlo al desagüe, junto a los jirones de *Bruto*. Lucio dio tres caladas y lo pasó a Cucho, golpeó con las manos los bolsillos del vaquero a modo de resolución y entonces lo propuso, vamos al pilón, comprobemos lo del perro. Pero Cucho acababa de tomar el canuto, la primera fumada rebuscaba ya en sus pulmones, vas a ir tú yo no me muevo. Tú eres una mariconica, y tú, un comemierda, y tu madre una guarra, y tu abuela más guarra todavía, los dos se liaron a insultos y por detrás el Panceta se carcajeaba, su papada titilando como una gelatina. Chamaquito se levantó y con sus enormes ojos de charco miraba a su primo y a Cucho esperando algún dictamen. Aún no había dejado de llorar, seguía pensando en el vientre abierto de *Brutillo* y en sus ojos huecos de vida. En el desconcierto de la trifulca el Panceta aprovechó para descolgarle el canuto a Cucho y darle un par de nuevas fumadas. Al final se decidió que Chamaco iría al desagüe y se traería al chucho, porque nadie iba a moverse de la plazoleta para comprobar algo que probablemente fuese mentira. A Chamaquito le volvió el llanto, esta vez violento y a raudales, lo que le valió a Cucho para argumentar que lo del perro muerto era una nueva fantasía del niño, como cuando le dio por decir que Marcelo bajaba del cielo para verlo, que lo hacía siempre de madrugada y le preguntaba por la gente de la plazoleta. Cómo anda mi primo, le interrogaba, y el manteca de Panceta, y el canijo de Cucho, y qué tal el equipo, y después Chamaquito lo contaba en el banco, anoche mi hermano bajó de las nubes, preguntó por vosotros. La herida aún estaba

reciente y por un tiempo todos creyeron, el bueno de Marcelo debe de estar disfrutando de lo lindo ahí arriba, seguro que anda todo rodeado de guayabas desnudas, de hembras de película paseándose en tanga. Pero después de unos meses las confianzas de Chamaquito no encandilaban a nadie, demasiada rutina debe de haber en el cielo para que Marcelo ande recordándonos todos los días, deja ya de fantasear, Chamaco. El cuento de ahora, como aquel otro, seguro que era falso, quién iba a querer reventar a *Bruto*, el chucho no hacía mal a nadie. Chamaco se alejó hacia la pila y desde el banco los tres amigos lo vieron perderse en la distancia. Cucho y Lucio seguían escocidos, por dentro andaban rabiosos, por fuera permanecían en silencio y mirando al suelo. El Panceta aprovechaba la tesitura para seguir chupando como una chimenea. Cuando el gordo le pasó el canuto a Lucio apenas si quedaba la colilla, eres una puta bola agonía, eres un fatiga, lo pensó pero no lo dijo, ya era bastante con tener en contra a uno. De los tres, Lucio era el único que estaba seguro, una historia tan cochina no podía ser invención de un niño, por mucha capacidad para la fantasía que tuviese el crío. Los otros dos no pensaban demasiado en ello, los ojos del Panceta eran dos salmonetes perezosos, los de Cucho seguían navegando con resquemor entre los adoquines. Al grito de Chamaco los tres elevaron la vista. Fue un grito de rabia, hecho de trozos de tripa y cristales rotos. Desde el otro lado de la plazoleta, el niño avanzaba con un mazacote impreciso entre las manos. La colilla del petardo rebotó en el suelo y Lucio se levantó, una mano invisible estrujándole la garganta. La expresión del Panceta fue apenas audible, la hostia, la hostia puta, susurró. Chamaco seguía gritando, y su presencia de hormiga se hizo grande en medio de la plaza. El niño traía la cara descompuesta y los dientes apretados,

en una expresión que era mezcla de repugnancia y rabia. Entre sus manos, como un cordero en sacrificio, el pequeño cuerpo de *Bruto* exhibía a la intemperie sus tripas desmadejadas. La sangre iba arañando las baldosas con su rúbrica siniestra.

Este perro no es cristiano, pero merece sepelio. Cucho se acercó a casa y cogió una bolsa de basura, y ahí metieron los restos del animal. Por no acalorar más a Chamaco, Lucio no se detuvo en contemplar las muescas en la piel del perro, pero en un momento de despiste abrió el plástico y lo examinó con detenimiento. Le habían quebrado el ojo derecho, y tenía una brecha en el lomo a través de la que se le distinguía uno de los omóplatos. En varias zonas, el pelo había sido sustituido por el tocino, un tocino que el desangramiento había vuelto blanco. El recorrido hasta el vertedero lo hicieron en silencio, con toda la ceremonia de unas exequias. Era la una de la tarde y todos estaban en el Goya, así que apenas había gente por el barrio. Madejas de nubes con el vientre cariado se descomponían en el cielo, en una orgía de formas que reducían el sol a un vago rumor luminoso. Hostia, hostia puta, el Panceta no había dejado de repetir esas palabras desde que Chamaco había arrojado los restos del perro muerto a los pies del banco. Lucio cargaba a sus espaldas con los desechos del animal, seguido muy de cerca por el niño, que durante todo el trayecto hasta Santa Luisa fue deshaciéndose en pucheros. Me cago en la puta, hay que tener mala sangre para reventar así a un perro, por lo menos los hombres hablan y dicen estupideces y se

comportan como cretinos, pero dime tú, un chucho. Las nubes grisáceas recortaban el perfil de la comitiva, todos con las cabezas gachas, el niño a cada paso restregándose los ojos llorosos, Lucio con la bolsa sobre la chepa como una joroba deforme. El que la hace la paga, si se tiene cojones para matar así a un chucho también se debe tener para esperar que te la devuelvan. En Santa Luisa, muy cerca del vertedero, encontraron una hondura y ahí soltaron la bolsa; con un cubo de pinturas vacío Lucio y Cucho comenzaron a arrojarle tierra encima. La ocasión lo pedía, así que el Panceta se trabajó un nuevo pito, esta vez de un solo bolleré pero bien cargado. El albero, blanco como la ceniza, había tapado a medias el plástico, entonces el niño empezó a verraquear como una madre a la que estuvieran arrancándole a su hijo, *Brutito*, no te vayas, perro mío. El puñetero sol resquebrajó por un instante el espeso velo de las nubes y acarició el cuello de Chamaco, que permanecía de rodillas sobre la arena y con el rostro mojado de babas. Sabe Cristo que al bastardo lo apaleamos, como que yo me llamo Lucio y tú Cucho y tú Panceta. Fumaron en silencio ante el socavón medio cubierto de tierra; a modo de responso Cucho alabó a *Bruto*, con su muerte también se acaba otra historia, era el perro de Marcelo, siempre andaba entre nuestras piernas, nunca hubo animal más amigo. Panceta dio una honda calada al canuto, no sabe cómo le dio por acordarse de las historias de Chamaco, de cómo su hermano bajaba de madrugada y le hacía confesiones sobre lo a gusto que se estaba allí arriba. Entonces pudo imaginar a *Bruto* deshaciendo el plástico, muy entrada ya la noche, y subiendo hacia las estrellas. Vio al perro agitando excitado las patas, su silueta recortada por el plato de leche de la luna llena, ansioso por volver junto a su amo. Va a reunirse con Marcelo, Panceta lo dijo en voz alta, y Chamaco

lo miró atónito, las cuencas encharcadas y las pupilas como dos cucharas soperas, parece que solo entonces se dio cuenta, le habían dejado solo en el mundo. Sin embargo no volvió a llorar, el descubrimiento le cortó los hipidos y su gesto se volvió circunspecto. Solo preguntó primo, esto va a quedarse así. Lucio le rodeó los hombros con el brazo y lo tranquilizó, no estés triste, este golpe va con acuse de recibo.

La grifa les había abierto el apetito, pero todos iban demasiado alicaídos para hablar de manduca. Volvieron sobre sus pasos sin cruzar palabra, desperdigados como un ejército diezmado que regresara del frente. Al llegar a Medina oyeron la sirena que refrendaba el fin de las clases en el Goya. Cucho fue el primero en alejarse, se desvió por Polavieja y siguió su ruta habitual. El Panceta aprovechó la confusión de los alumnos que salían en desbandada para volver a clase y recuperar la mochila. En la plazoleta, Lucio se separó de Chamaquito. La placenta del cielo había vuelto a romperse y el sol forcejeaba con las nubes, insistiendo en abrazar el cuello del niño. La expresión de Chamaco ahora era de cansancio y resentimiento. Se miraron sin decirse nada, Lucio cabeceó y eso indicó al niño que se desviaba de la ruta. Primo, quiso saber el niño, el perro vuelve con Marcelo. Lucio pensó en las brechas que erizaban la piel del chucho, el hueso de su omóplato sobresaliendo entre la mata de pelo como un penacho rocoso rodeado de hierba. Sí, mintió, pensando en el infierno, y quiso enmendar su falsedad piadosa con una promesa: no te apenes. Este golpe, volvió a repetir, va con respuesta.